

# La Bauhaus más allá de Alemania

Cuando se cumplen 100 años de la fundación de la Bauhaus viajamos hasta Tel Aviv, la ciudad del mundo con el mayor número de edificios proyectados siguiendo los preceptos de aquella memorable escuela.

Por Daniel Díez Martínez  
Fotografía Rocío Eslava

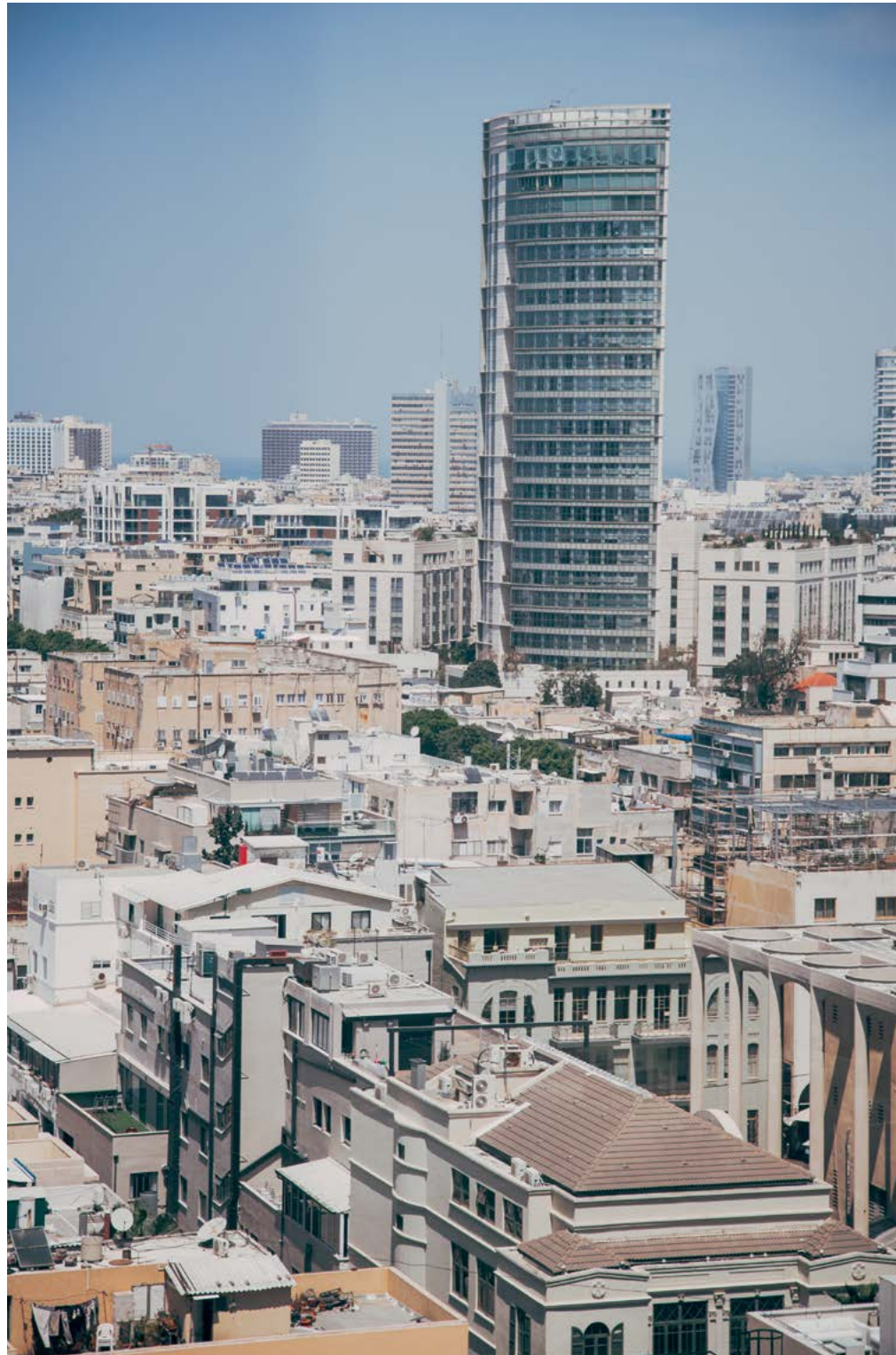
La Ciudad Blanca de Tel Aviv cuenta con un catálogo de 4.000 edificios con una gran carga geométrica y desprovistos de ornamentación, rasgos característicos del lenguaje arquitectónico de la Bauhaus.

**P  
L  
A  
C  
E  
S**





LOS GESTOS POSMODERNOS de los grandes rascacielos de vidrio reflectante contru-  
dos durante los últimos 20 años contrastan  
con la sobriedad mecanicista y geométrica  
de sus compañeros de manzana, construc-  
ciones mucho más antiguas y bajas. Cuando  
han sido restauradas recientemente, sus  
impolutos muros exteriores se transforman



en lienzos en blanco en los que los rayos del sol  
redibujan su pureza formal. A su lado, árboles y grúas  
tan altas que arañan el cielo, excavadoras y maquinaria  
pesada de construcción comparten el espacio urbano  
con hordas de turistas y jóvenes que montan bicicletas  
de alquiler. Las calles se anuncian en carteles escritos  
en hebreo, árabe y latín. Por ellas pasean familias  
numerosas de jaredíes que visten de negro de pies a  
cabeza, ejecutivos de la  
todopoderosa industria  
tecnológica nacional con frescos  
trajes de lino y jóvenes de  
ambos sexos que prestan el  
servicio militar obligatorio  
ataviados con sus uniformes de  
soldado y con un fusil de asalto  
M-16 al hombro. Es abril,  
estamos a 24 grados y no hay ni  
una nube en el cielo. Una suave  
brisa marina baña terrazas  
atestadas de gente que bebe té  
de menta con limón, zumos de  
granada y hierbabuena o una  
cerveza Maccabee bien fría.  
Comen dátiles grandes como  
puños y casi nadie fuma.  
Estamos en el Bulevar Roths-  
child, en pleno corazón de la  
Ciudad Blanca de Tel Aviv, una  
bacanal arquitectónica de  
obligada visita para cualquier  
adepto al periodo heroico del  
Movimiento Moderno.

El tejido urbano y el legado  
construido de Tel Aviv son  
deudores de una historia de  
conflictos e inmigración. Su  
origen se encuentra en la Ciudad  
Vieja de Jaffa, uno de los puertos  
más antiguos del mundo, donde  
los constantes enfrentamientos  
entre las comunidades árabe y  
judía durante las dos primeras

Uno de los aspectos  
más sorprendentes  
de Tel Aviv es su  
impresionante  
diversidad urbana:  
grandes rascacielos  
contemporáneos se  
alzan junto a  
pequeños edificios  
construidos hace  
casi un siglo. Página  
siguiente, de arriba  
a abajo: uno de los  
edificios donde se  
han incorporado  
nuevas plantas de  
forma transgresora,  
el interior de uno de  
esos edificios.



Empresas privadas restauran los edificios de la Ciudad Blanca a cambio  
del derecho a construir una o dos plantas de ático sobre sus terrazas. A  
veces estos añadidos se mimetizan con la edificación original, mientras  
que en otras ocasiones se opta por soluciones más transgresoras.



décadas del siglo XX forzaron a muchos judíos a  
abandonar la ciudad y fundar una nueva unos pocos  
kilómetros al norte. El progresivo aumento de la  
población en aquel nuevo asentamiento exigía cierto  
orden, así que en 1925 las autoridades del Mandato  
Británico de Palestina encargaron al sociólogo y biólogo  
escocés Patrick Geddes un plan urbanístico para Tel Aviv  
que en muchos sentidos permanece vigente en la  
actualidad. Acorde con los principios de la ciudad jardín  
inglesa, Geddes propuso un modelo de muy baja  
densidad, con edificios de escasa altura que se alzan  
independientes los unos de los otros, exentos, rodeados  
de jardines. De hecho, la implantación de abundantes  
especies vegetales en calles, parques y jardines se  
concibió como un mecanismo natural que contribuiría a  
crear un microclima contra el severo régimen térmico  
del lugar. Tel Aviv sería un oasis en medio del desierto, y  
donde antes únicamente había dunas de arena, se  
plantaron ficus, palmeras y sicomoros que con su sombra  
refrescan a los transeúntes en los meses más cálidos. La  
lectura en clave biológica del espacio urbano se trasladó  
también al viario. Como si fueran las venas y arterias de  
un cuerpo humano, Geddes planteó una jerarquía que  
anticipaba distintas cargas de tráfico rodado a la vez que  
describía un trazado de recorridos sinuosos que favorece  
la ventilación natural con la introducción de la brisa  
marina de los vientos del mar Mediterráneo.

Posteriormente, la toma del poder del Partido Nazi  
en Alemania en 1933 desató una ola de inmigración de  
refugiados judíos europeos que planteó una dramática  
situación de urgencia humanitaria y arquitectónica, ya  
que Tel Aviv no contaba con viviendas ni infraestructu-  
ras suficientes para las miles de personas que llegaban  
cada día a su puerto. Entre 1932 y 1939 se construyeron



en Tel Aviv un total de 4.000 edificios de viviendas que debían contribuir a la creación de una identidad propia y a la difusión de un discurso impregnado de cierto socialismo utópico, según el cual la ciudad se entendía como una gran comunidad para el pueblo judío. Así, aunque ningún edificio se repetía, todos presentaban unas características y aspecto muy similares, lo cual aludía a una ilusión de homogeneidad democratizadora que proyectaba la idea de que todos sus habitantes vivían en condiciones similares sin diferencia de clases.

El reto de construir esa nueva ciudad fue asumido por un grupo de unos 20 arquitectos judíos alemanes, algunos de los cuales habían estudiado en la Bauhaus de la mano de figuras como Walter Gropius, Mies van der Rohe o Hannes Meyer. La expansión inmobiliaria de los años 30 terminó bruscamente con el eclecticismo arquitectónico de los años 20 –del que todavía queda algún vestigio en la ultramoderna Tel Aviv–, que mezclaba un lenguaje clásico de columnas y dinteles con recursos arabescos de sensibilidad orientalista y simbología judía. En su lugar, las calles se cuajaron de una arquitectura de geometría rectilínea y ortogonal que, si bien tendemos a identificar únicamente con la mítica escuela alemana, lo cierto es que recoge un vasto catálogo de influencias que incluyen las ideas mecanicistas de Le Corbusier, el racionalismo belga del periodo de entre-guerras o el dinamismo expresionista *streamline* de Erich Mendelsohn, incuestionablemente evidente en muchas de las soluciones de esquina presentes en los edificios de la ciudad.

No obstante, en el caso de Tel Aviv, la adopción de este lenguaje no respondía únicamente a la aceptación de un dogma de vanguardia arquitectónica, sino que se relacionaba con unos condicionantes climáticos y sociales fundamentales. En el caso de la cubierta plana, por ejemplo, se trataba de una solución que había dado enormes problemas de humedades a los



La restauración de los edificios de la Ciudad Blanca permite su reutilización y transformación en locales de restauración y ocio que se adaptan a las exigencias contemporáneas, aunque manteniendo un vínculo con su esencia Bauhaus. Página anterior: la pureza material de los edificios de la Bauhaus contrasta con los nuevos rascacielos de cristal.



arquitectos europeos por los deficientes sistemas de impermeabilización existentes en la época. En Tel Aviv, con un clima mucho más seco, fue todo un éxito, ya que la cubierta plana se concibió como una relectura de la tradición constructiva mediterránea que además servía como lugar de celebración y encuentro para los vecinos. Algo similar ocurría con los balcones, un elemento con una fuerte carga expresiva pero con una funcionalidad escasa en el frío clima centroeuropeo. En este caso, sin embargo, las terrazas se entienden como habitaciones al aire libre que conectan el interior de las viviendas con la calle a la vez que funcionan como dispositivos de amortiguación climática. Los antepechos son más grandes para aumentar así la zona de sombra, a la vez que presentan perforaciones longitudinales que facilitan la ventilación.

La Ciudad Blanca de Tel Aviv no se refiere a un barrio o una zona en concreto. En realidad esta arquitectura Bauhaus se encuentra diseminada por toda la metrópoli. Es consustancial a Tel Aviv, y está tan presente en sus calles que sus habitantes la reconocen como propia. Esta alta concentración de arquitectura moderna hizo que en 2003 la UNESCO reconociera la Ciudad Blanca de Tel Aviv como “un ejemplo sobresaliente del planeamiento de una nueva ciudad y su arquitectura a



principios del siglo XX”, lo que le valió la distinción de lugar Patrimonio de la Humanidad.

La distinción de la UNESCO es un gran honor que conlleva la responsabilidad de conservar este legado. Así, de los 4.000 edificios construidos originalmente, aproximadamente la mitad están restaurados o sujetos a leyes que prohíben su derribo o cualquier alteración de su configuración exterior, clave en la imagen urbana del Tel Aviv de los años 30. Otros todavía están sin restaurar, y lucen viejos, cansados, con sus fachadas sucias y descascarilladas. “Desafortunadamente mucha gente no es consciente de la importancia que tiene nuestro patrimonio arquitectónico”, se lamenta Sabrina Cegla, arquitecta y conservadora en el White City Center (WCC), una institución encargada de velar por la

‘Tel Aviv no es un museo, es una ciudad viva. Seguro que encontramos una solución’, afirma la arquitecta y conservadora Sabrina Cegla.



preservación de la Ciudad Blanca. “Además, ni existen políticas claras que establezcan cómo deben acometerse estos trabajos de restauración, ni quedan ya artesanos que sepan trabajar la cerámica, los pavimentos de terrazo o los revocos exteriores de yeso como había hace 80 años”, explica. “Restaurar un edificio de estas características es un proceso caro y complicado”, sentencia Cegla.

En efecto, devolver todo su esplendor a un edificio de la Ciudad Blanca cuesta alrededor de seis millones de dólares, un precio demasiado elevado que ni propietarios ni autoridades municipales pueden o quieren asumir. Por consiguiente, normalmente son las promotoras privadas las que se encargan de restaurar la fachada y zonas comunes del edificio a cambio del derecho a añadir una o dos plantas de ático sobre las terrazas. A veces estas nuevas cons-

trucciones se mimetizan con la estructura primitiva y resulta difícil distinguir dónde está el límite entre lo antiguo y lo moderno. En otras ocasiones se opta por soluciones más transgresoras que buscan romper completamente con el aspecto original. En uno y otro caso, las promotoras recuperan con creces el capital invertido gracias a la venta de apartamentos, con un valor de mercado cercano a los 10.000 euros por metro cuadrado.

El desorbitado precio de la vivienda en Tel Aviv se relaciona con prácticas especulativas en el sector inmobiliario que, según los analistas más pesimistas, estarían alterando el equilibrio urbano proyectado por Geddes hace casi un siglo y poniendo en riesgo el

Los balcones son un elemento fundamental en los edificios de vivienda de la Ciudad Blanca. Utilizados como habitaciones al aire libre que conectan el interior de las viviendas con la calle, también sirven para combatir el intenso calor en los meses de verano. Página siguiente: algunos de estos balcones en forma de corredor.

reconocimiento otorgado por la UNESCO. Las intervenciones poco responsables no solo transfiguran la apariencia de la ciudad, sino que también alteran su propia esencia y funcionamiento. Edificios más altos generan mayores zonas de sombra y dificultan las vistas a sus vecinos, a la vez que alojan a un mayor número de personas que el inicialmente proyectado, lo que resulta en un aumento de la densidad de población y de tráfico. La consecuencia directa es que muchos propietarios están eliminando las fuentes y jardines originales de sus patios en planta baja para utilizarlos como banales plazas de aparcamiento.

La atractiva diversidad tipológica metropolitana que hermana los edificios de dos y tres plantas de la Bauhaus con los rascacielos de 50 es en realidad el reflejo de una tensión que plantea a Tel Aviv un desafío complejo: encontrar un equilibrio que le permita un crecimiento económico sostenido sin alterar su ecosistema urbano. Es fundamental evitar que la máquina de la especulación inmobiliaria devore el conjunto de arquitectura racionalista más grande del mundo. Cegla mira al futuro con optimismo. “Tel Aviv no es un museo, es una ciudad viva. Seguro que encontramos una solución”, concluye. Ojalá que así sea: la memoria de la ciudad está en juego. No hay futuro sin pasado. ¿O era al revés? ▀

